



S. S. JUAN PABLO II

PRIMER RADIOMENSAJE “URBI ET ORBI”

El día 17 de octubre, al término del Cónclave en el que fue elegido Papa, Juan Pablo II pronunció el siguiente mensaje:

¡Venerables hermanos nuestros, amados hijos de la Santa Iglesia, y vosotros todos, hombres de buena voluntad que nos escucháis!

Sólo una palabra, entre muchas, viene inmediatamente a nuestra boca en el momento de presentarnos a vosotros tras la elección a la sede del Apóstol Pedro, y es una palabra que subraya, por la evidencia manifiesta de nuestras limitaciones personales y humanas, la inmensa responsabilidad que nos ha sido confiada: «¡Oh profundidad de la sabiduría y de la ciencia de Dios! ¡Cuán inescrutables son sus juicios y desconocidos sus caminos!»¹. En efecto, ¿quién hubiera podido prever, después del fallecimiento del inolvidable Pablo VI, que también su sucesor Juan Pablo I desaparecería prematuramente? ¿Y cómo habríamos podido Nos prever que su formidable herencia caería sobre nuestras espaldas? Por esto, debemos meditar sobre el misterioso designio de Dios, providente y bueno, no ciertamente para comprender, sino, más bien, para adorar y para orar. Nos sentimos verdaderamente obligados a repetir la invocación del salmista, el cual, levantando la mirada hacia el cielo, exclamaba: «¿De dónde me llegará el auxilio? Mi auxilio viene del Señor»².

1. *Rom* 11,33.

2. *Ps* 120,1-2.



La imposibilidad misma de prever los acontecimientos que han tenido lugar en tan breve espacio de tiempo y la insuficiencia de la respuesta que pueda venir de nuestra persona, así como Nos obligan a dirigirnos al Señor y a confiar totalmente en El, así también no Nos permiten esbozar programas que sean fruto de una larga reflexión y de una elaboración minuciosa. Pero para suplir semejante falta está ya dispuesto algo, que es como una compensación y que constituye por sí mismo, una señal de la presencia consoladora de Dios. Ha transcurrido poco más de un mes desde la fecha en que todos nosotros escuchamos, dentro y fuera de las históricas bóvedas de esta Capilla, la alocución pronunciada por el Papa Juan Pablo en los albores de su prometedor ministerio. La viveza del recuerdo que cada uno de nosotros guarda de ella y la sabiduría de las indicaciones que aquella alocución contenía Nos hacen pensar que no conviene ignorarla. Por las circunstancias mismas en que fue pronunciada, aquella alocución aparece todavía válida al comienzo de un nuevo ciclo pontifical, que Nos compromete de forma directa y ya irrevocable ante Dios y ante la Iglesia.

Deseamos, por tanto, poner de relieve algunas líneas directrices que consideramos de particular importancia y que, como tales, recibirán por nuestra parte —así Nos lo proponemos y esperamos realizar con la ayuda del Señor— no solamente atención y apoyo, sino también un impulso coherente, a fin de que puedan concretarse en la realidad de la vida eclesial. En primer lugar, deseamos insistir en la importancia permanente del Concilio Ecuménico Vaticano II, pues el Concilio constituye para nosotros un compromiso formal en orden a su debida ejecución. ¿Acaso no es el Concilio una piedra miliar en la historia bimilenaria de la Iglesia y, por consiguiente, en la historia religiosa y también cultural del mundo? Pero el Concilio, de la misma manera que no está solamente contenido en los documentos, así tampoco está concluido en las aplicaciones que han tenido lugar en estos años, así llamados, del postconcilio. Consideramos, por tanto, un deber primario el de promover, con acción prudente y al mismo tiempo estimulante, la más exacta ejecución de las normas y de las orientaciones del mismo Concilio, favoreciendo, en pri-



mer lugar, la adquisición de una mentalidad adecuada. Queremos decir que, en primer término, es necesario ponerse en sintonía con el Concilio para llevar a la práctica lo que él mismo ha enunciado, para explicitar, también a la luz de las experiencias posteriores y en relación con las instancias que han surgido y con las nuevas circunstancias, lo que en él está sólo implícito. Es necesario, en definitiva, hacer madurar, en la dirección del progreso y de la vida, la semilla fecunda que los Padres de la Asamblea Ecu­ménica, alimentados con la Palabra de Dios, lanzaron en la tierra buena³, es decir, sus autorizadas enseñanzas y sus opciones pastorales.

Este criterio general de mantenerse fieles al Vaticano II y de hacer, por parte nuestra, el propósito decidido de aplicarlo por completo, podrá afectar a muchos sectores: del de las misiones al ecuménico, del disciplinar al orga­nizativo; pero uno, especialmente, deberá ser el sector que exija la máxima atención, y éste es el de la Eclesiología. Es preciso, Venerables Hermanos y queridos hijos del mundo católico, volver a tomar en las manos aquella «Magna Charta» conciliar que es la Constitución Dogmática *Lumen Gentium*, para hacer una renovada y confortante meditación sobre la naturaleza y la misión de la Iglesia, sobre su forma de ser y de actuar. Y ello, no sólo para actualizar cada vez mejor la comunión vital en Cristo de todos los que esperan y creen en El, sino también a fin de contribuir a una más amplia y más íntima unidad de toda la familia humana.

Ecclesia Christi lumen gentium, gustaba repetir el Papa Juan XXIII: la Iglesia —repetió el Concilio— es sacramento universal de salvación y de unidad para el género humano⁴.

El misterio salvífico que tiene su centro en la Iglesia y que por medio de la Iglesia se realiza; el dinamismo que, gracias a este mismo misterio, anima al pueblo de Dios; la especial cohesión o colegialidad que «cum Petro et sub Petro» une entre sí a los sagrados Pastores, son elementos sobre los cuales jamás reflexionaremos bastante si quere-

3. Cfr. *Mt* 13,8.23.

4. Cfr. Const. *Lumen Gentium*, nn. 1, 48; Decr. *Ad gentes*, n. 1.



mos establecer, a la luz de las necesidades tanto permanentes como contingentes de la humanidad, cuáles deben ser las formas de presencia y las líneas de acción de la Iglesia misma. Por esto, la adhesión al texto conciliar, considerado a la luz de la Tradición y abarcando en su seno las formulaciones dogmáticas que hace un siglo el Concilio Vaticano I adelantó, constituirá para todos nosotros, pastores y fieles, el criterio seguro y el estímulo impulsor para caminar —lo repetimos— por las sendas de la vida y de la historia.

Para tener una conciencia cada vez más clara y una responsabilidad más vigilante, exhortamos muy especialmente a profundizar en lo que implica el vínculo colegial. Por este vínculo, los obispos se asocian íntimamente con el Sucesor de Pedro y todos entre sí, para cumplir la elevada tarea de iluminar con la luz del Evangelio, de santificar con los instrumentos de la gracia y de guiar con el arte pastoral a todo el Pueblo de Dios. La colegialidad, sin duda, ha de llevar también consigo el desarrollo adecuado de organismos, en parte nuevos y en parte actualizados, que pueden garantizar una mejor unión de los espíritus, de las intenciones, de las iniciativas cara al trabajo de edificación del cuerpo de Cristo que es la Iglesia⁵. A este propósito queremos mencionar en primer lugar el Sínodo de los Obispos, constituido antes de la conclusión del Concilio, por la gran inteligencia de Pablo VI⁶ y nuestro pensamiento va a las preciosas y cualificadas contribuciones que el Sínodo ya ha ofrecido.

Pero más allá de la referencia al Concilio, permanece *el deber de una fidelidad global a la misión* que hemos recibido. Y en este punto lo que decimos vale para Nos antes que para los demás y, por ello, hablamos en primera persona. Llamados a la suprema responsabilidad en la Iglesia, somos principalmente Nos quien, encontrándonos en una situación que nos obliga a ser ejemplares en el querer y en el obrar, hemos de expresar con todas nuestras fuerzas esta fidelidad, guardando intacto el depósito de la fe, correspondiendo plenamente al mandato peculiar de Cristo, que a Simón, constituido piedra de su Iglesia, confió

5. Cfr. *Eph* 4,12; *Col* 1,24.

6. Cfr. *Motu proprio Apostolica sollicitudo*, en *AAS* 57 (1965) 775-780.



las llaves del Reino de los cielos⁷, ordenó que confirmara a los hermanos⁸ y que apacentase, como demostración de su amor hacia El, los corderos y las ovejas de su rebaño⁹. Estamos profundamente convencidos de que ninguna investigación moderna relativa al llamado *ministerium Petri* —realizada a fin de esclarecer cada vez mejor lo que ese ministerio encierra de peculiar y específico— podrá prescindir nunca de estos tres polos evangélicos. Se trata, en efecto, de aspectos muy característicos del oficio de Pedro, relacionados con la naturaleza misma de la Iglesia y que son salvaguarda de su unidad interna y garantía de su misión espiritual. Esos aspectos del oficio han sido confiados por lo tanto, después de Pedro, también a sus legítimos sucesores. Estamos también convencidos de que este eximio ministerio deberá encontrar siempre en el amor la fuente que lo alimenta y, al mismo tiempo, el clima en el cual se difunde, como una indeclinable respuesta a la pregunta de Jesús: «*amas me?*». Repetiremos, pues, con S. Pablo: *Caritas Christi urget nos*¹⁰, porque nuestro ministerio quiere ser, ya desde ahora, un ministerio de amor en todas sus manifestaciones y expresiones.

En esto procuraremos seguir la elevada enseñanza de nuestros inmediatos predecesores. ¿Quién no recuerda las palabras de Pablo VI, que predicó «la civilización del amor», y que apenas un mes antes de su muerte afirmaba, con un presentimiento en el corazón: *Fidem servavi*¹¹, no ciertamente para elogiarse a sí mismo, sino como fruto de un riguroso examen al cual se había sometido su conciencia delicadísima después de quince años de servicio?

Y ¿qué decir de Juan Pablo I? Parece que fue justamente ayer cuando salió de nuestras filas para revestirse con el pesado manto papal: pero ¡qué ardor de caridad, más todavía, qué impresionante «oleada de amor» desencadenó en los pocos días de su ministerio!: esa «oleada de amor» que había deseado para el mundo en su último saludo después del rezo dominical del *Angelus*. Y lo con-

7. Cfr. *Mt* 16,18-19.

8. Cfr. *Lc* 22,32.

9. Cfr. *Ioh* 21,15-17.

10. *2 Cor* 5,14.

11. Cfr. *Homilía en la fiesta de los Santos Pedro y Pablo*, en AAS, 70 (1978) 395.



firman las lecciones de sabia catequesis sobre la fe, la esperanza y la caridad impartidas durante las audiencias públicas.

Venerables hermanos e hijos queridísimos, es obvio que la fidelidad significa también adhesión convencida al Magisterio de Pedro, especialmente en el campo doctrinal, cuya importancia objetiva no sólo debe ser tenida siempre presente, sino también defendida debido a las asechanzas que, desde diversas partes, surgen hoy contra ciertas verdades de la fe católica. La fidelidad significa también respeto hacia las normas litúrgicas promulgadas por la Autoridad eclesiástica, y excluye, por tanto, la arbitrariedad de innovaciones incontroladas y, a la vez, el obstinado rechazo de lo que ha sido legítimamente previsto e introducido en los sagrados ritos. La fidelidad significa, además, culto de la gran disciplina de la Iglesia, y también esto —como recordáis— fue señalado por nuestro Predecesor. La disciplina, en efecto, no deprime ni —como dicen algunos— mortifica sino que garantiza la recta ordenación propia del Cuerpo Místico asegurando la regular y orgánica articulación entre todos los miembros que lo componen. Fidelidad significa también correspondencia generosa a las exigencias de la vocación sacerdotal y religiosa, de suerte que todo lo que se ha prometido libremente a Dios se mantenga siempre y se desarrolle con una perspectiva sobrenatural y estable.

Para los fieles, finalmente, como la misma palabra dice, la fidelidad debe ser un deber connatural con su ser cristiano: ellos querrán manifestarla con ánimo pronto y leal y demostrarla mediante la obediencia a los sagrados Pastores, que el Espíritu Santo puso para apacentar a la Iglesia¹², y mediante su colaboración a las iniciativas y obras a las que sean llamados.

En este momento no podemos olvidar a los hermanos de las otras Iglesias y de las otras confesiones cristianas. Demasiado grande y delicada, en efecto, es la causa ecuménica, para que no digamos una palabra de ella. ¿Cuántas veces hemos meditado juntos el testamento de Cristo que pidió al Padre el don de la unidad para sus discípulos

12. Act 20,28.



los¹³? Y ¿quién no recuerda la insistencia de S. Pablo a propósito de una «comunidad de espíritu» que conduzca a poseer «una misma caridad, una sola alma, un solo y mismo pensamiento» a imitación de Cristo Señor¹⁴. Parece, pues, increíble que siga existiendo —¡motivo es de perplejidad y quizá hasta de escándalo!— la dramática división entre los cristianos. Estamos decididos, por tanto, a continuar en el camino ya felizmente emprendido y a favorecer aquellos pasos que sirvan para remover los obstáculos, con la esperanza de que, gracias a un esfuerzo concorde, se llegue por fin a la perfecta comunión.

Deseamos también dirigirnos a todos los hombres que, como hijos del único Dios todopoderoso, son hermanos nuestros que hemos de amar y de servir, para decirles sin presunción, sino con humildad sincera, que queremos prestar una colaboración eficaz a la importante y perenne causa de la paz, del desarrollo, de la justicia internacional. No nos mueve intención alguna de ingerencia política, o de participación en la gestión de los asuntos temporales. Así como la Iglesia no puede ser incluida en categoría alguna de orden terreno, así también nuestro compromiso, al aproximarnos a estos ardientes problemas de los hombres y de los pueblos, será determinado únicamente por motivos religiosos y morales. Como seguidores de aquel que presentó a los suyos el ideal de ser «sal de la tierra y luz del mundo»¹⁵, queremos dedicarnos a fondo a la consolidación de las bases espirituales sobre las que debe apoyarse la sociedad humana. Y semejante deber nos parece tanto más apremiante, cuanto más duraderas son las desigualdades y las incomprensiones, que a su vez son causa de tensiones y de conflictos en no pocas partes del mundo, con la amenaza todavía más grave de tremendas catástrofes. Así, pues, constante será nuestra solicitud relativa a dichos problemas para actuar a tiempo, desinteresadamente y con inspiración evangélica.

En este momento séanos permitido compartir de corazón el gravísimo problema que el Colegio de los Padres Cardenales señaló, durante la Sede Vacante, y que se re-

13. Cfr. *Ioh* 17,21-23.

14. Cfr. *Phil* 2,2,5-8.

15. *Mt* 5,13-16.



fiere a la amada tierra del Líbano y a su pueblo, para el que todos deseamos ardientemente la paz en la libertad. Al mismo tiempo desearíamos tender las manos y abrir el corazón, en este momento, a todas las gentes y a todos los que están oprimidos por cualquier injusticia o discriminación, tanto por lo que se refiere a la vida económica y social, como a la vida política, la libertad de conciencia y la justa libertad religiosa. A esto debemos tender con todos los medios: a que todas las formas de injusticia que se manifiestan en nuestra época sean sometidas a la consideración de todos y reciban un verdadero remedio; y a que todos puedan llevar una vida digna del hombre. Esto corresponde a aquella misión de la Iglesia que ha sido puesta en claro en el Concilio Vaticano II, no sólo en la Constitución *Lumen Gentium*, sino también en la Constitución Pastoral *Gaudium et Spes*.

¡Hermanos e hijos queridísimos! Los recientes acontecimientos de la Iglesia y del mundo son para nosotros una amonestación saludable: ¿cómo será nuestro pontificado? Y ¿cuál será el destino que el Señor reserva a su Iglesia en los próximos años? ¿Cuál el camino que la humanidad recorrerá en estos últimos años que nos separan del año dos mil? Son preguntas atrevidas, a las que no se puede contestar sino esto: *Deus scit*¹⁶. ¡Oh! Nuestra historia personal, que nos ha llevado inesperadamente a la máxima responsabilidad del servicio apostólico, tiene muy poco interés. Nuestra persona —queremos decir— debe desaparecer ante la tremenda tarea que debemos cumplir. Y entonces nuestras palabras se transforman forzosamente en súplica. Después de nuestra oración al Señor, experimentamos la necesidad de solicitar también vuestra oración para obtener aquel indispensable y superior consuelo que nos permita reanudar el trabajo de nuestros amados Predecesores a partir de donde ellos lo han dejado.

Nos es grato unir a este emocionado recuerdo un saludo, agradecido y consciente, para cada uno de vosotros, señores Cardenales, que nos habéis designado para este oficio. Y añadimos un saludo confiado y estimulante a todos los demás hermanos en el Episcopado, que, en las di-

16. Cfr. 2 Cor 12,2.3.

versas partes del mundo, presiden y cuidan de cada una de las Iglesias, porciones escogidas del Pueblo de Dios¹⁷, y son, además, solidarios con la obra de salvación universal. Detrás de ellos podemos distinguir con nitidez el orden de los Sacerdotes, el ejército de los Misioneros, las filas de las Religiosas y Religiosos, al mismo tiempo que deseamos vivamente que aumente su número, porque resuenan en nuestra mente aquellas palabras del Divino Salvador: «La mies es mucha, pero los obreros pocos»¹⁸. Dirigimos después nuestra mirada hacia las familias y las comunidades cristianas, las multiformes asociaciones de apostolado, los fieles, que, aunque no nos sean conocidos personalmente, no serán nunca —¡jamás!— anónimos, extraños y marginados en la unión magnífica de la Iglesia de Cristo. Entre ellos contemplamos, con mirada preferente, a los más débiles, a los pobres, a los enfermos, a los afligidos.

Es a éstos especialmente a los que, en el primer instante de nuestro ministerio pastoral, queremos abrir nuestro corazón. ¿No sois, en efecto, vosotros, hermanos y hermanas, los que con vuestro sufrimiento compartís la pasión del mismo Redentor y en cierto modo la completáis?¹⁹ El indigno sucesor de Pedro, que se propone escudriñar en «las insondables riquezas de Cristo»²⁰, tiene la necesidad más absoluta de vuestra ayuda, de vuestra oración, de vuestro «sacrificio» y esto es lo que humildemente os pide.

Hermanos e hijos que nos escucháis, debido al amor imborrable que sentimos hacia la tierra que nos vio nacer, permitidnos añadir un saludo, particular y especialísimo, a todos los ciudadanos de nuestra Polonia, «semper fidelis», y a los obispos, sacerdotes y fieles de la Iglesia de Cracovia: es un saludo en el que se mezclan indisolublemente recuerdos y afectos, nostalgia de la patria y esperanza.

En esta hora, para Nos emocionante y grave, no podemos dejar de dirigir nuestra mente con devoción filial a la Virgen María, que siempre vive y actúa como Madre en el misterio de Cristo y de la Iglesia, y repetir las dul-

17. Cfr. Decr. *Christus Dominus*, n. 11.

18. *Mt* 9,37-38; *Lc* 10,2.

19. Cfr. *Col* 1,24.

20. Cfr. *Eph* 3,8.



ces palabras «totus tuus», que hace veinte años inscribimos en nuestro corazón y en nuestro escudo en el momento de nuestra Ordenación episcopal. Tampoco podemos dejar de invocar a los Santos Apóstoles Pedro y Pablo y, junto a ellos, a todos los Santos y Beatos de la Iglesia universal. En esta hora queremos saludar a todos: a los ancianos, a los adultos, a los jóvenes, a los niños y a los recién nacidos, llevados por aquel vivo sentimiento de paternidad que está brotando de nuestro corazón. A todos formulamos el deseo sincero de que crezcan «en la gracia y en el conocimiento de nuestro Señor y Salvador Jesucristo», como ya deseaba el Príncipe de los Apóstoles²¹. A todos impartimos nuestra primera Bendición Apostólica, con el deseo de que no sólo entre ellos sino sobre la humanidad entera descienda una abundante efusión de los dones del Padre que está en los cielos. Amén.

21. 2 Pet 3,18.